

Carlos V

la formación de un imperio

Godofredo Garabito



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2000, by Godofredo Garabito y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: AISA, ALBUM

Ilustraciones: Farrés, ilustració editorial

Fotografía de cubierta: *Carlos V*, de Bernard van Orley, s. XVI. Museo di Capodimonte, Nápoles, Italia.

Cuarta edición: junio de 2011

ISBN: 978-84-218-4806-7

Depósito legal: M-22.925-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1	De Yuste a la eternidad	5
2	Carlos de Europa	15
3	Un joven del Renacimiento	25
4	La venida a España	33
5	La idea imperial de Carlos V	45
6	El problema de Francia	53
7	La hispanización del emperador	61
8	El César y su familia	69
9	La reforma protestante	79
10	El mundo musulmán	87
11	Don Carlos, rey de las Indias	95
12	El final de una aventura	107
	Epílogo	119

De Yuste a la eternidad

La tarde muestra ya el otoño, y las primeras lluvias han hecho reverdecer el campo extremeño. Los encinares agradecen el frescor de los chaparrones, despertándose del letargo propio de los veranos cacereños. La mies, ya recolectada, descansa en las paneras, y el labriego de la Vera se toma un pequeño descanso mientras llega el tiempo de la siembra del cereal.

En el monasterio de Yuste vive sus últimos días el emperador Carlos I de España y V de Alemania, que ha deseado pasarlos en estos parajes tranquilos, junto a la comunidad de monjes jerónimos que sigue fielmente su norma *ora et labora*.¹ En Cuacos, a poco más de un cuarto de legua² de distancia, comparte un modesto hogar el matrimonio formado por don Luis Quijada, leal servidor y mayordomo del emperador, y su esposa, doña Magdalena de Ulloa, que le acompaña en este pueblecito del valle de la Vera, cercano a Jarandilla, donde se alza el castillo-palacio de los condes de Oropesa.

1. Reza y trabaja.

2. Una legua es poco más de cinco kilómetros y medio.

Llegó doña Magdalena, para reunirse con su marido, un par de meses antes, el 1 de julio de 1558. Este le había pedido que abandonara el señorío de Villagarcía, en Tierra de Campos,³ donde vivían plácidamente. Vino también Jerónimo, el niño que un día llevó a casa don Luis, años antes, sin mostrarse muy explícito:

—Magdalena, este será el hijo que Dios no nos ha dado. Como nuestro lo habremos de criar.

La fiel esposa, atenta a las obligaciones contraídas por don Luis, nada dijo y se ocupó del pequeño como si fuera suyo. Ahora se encuentra ya en tierras extremeñas y ha traído al chico, que ya tiene once años.

La modestia de la estancia que ocupan en Cuacos no permite a la familia Quijada moverse con la holgura acostumbrada en su castillo de Villagarcía. Por las rendijas de puertas y ventanas se mete el frío, que desde la sierra inmediata anuncia ya la estación otoñal en este 20 de septiembre de 1558, y empieza a teñir de oro la abundante vegetación que cubre las vegas y los valles del Jerte.

La tarde se oscurece. Doña Magdalena coloca en un estante sobre la chimenea el *Libro de horas* con que ha rezado las oraciones de vísperas.⁴ Jeromín, el chico, acompañado por un criado, acaba de regresar fatigado de un largo paseo, y con prisa, por ser la hora en que su tía —como la llama— se ocupa

3. Gran extensión de terreno agrícola que ocupa parte de la actual provincia de Palencia, Valladolid y Zamora.

4. En la liturgia de las horas en la que se rezan salmos en determinados momentos del día, las vísperas es la oración que se hace al atardecer o al entrar la noche.

de su formación cristiana, ya que ha dejado las otras materias en manos de sus maestros.

Unos troncos de encina mantienen el crepitar del fuego, que marca el ritmo de una vida monótona y previsible, que solo se rompe cuando el emperador, algunas tardes, pide que se acerquen a Yuste para compartir momentos de alegría y ternura. Una gran satisfacción llena el corazón del cansado emperador cuando ve al niño Jeromín y pregunta por sus avances en educación y también por sus aventuras infantiles.

Unos aldabonazos fuertes en el portón sobresaltan al personal de servicio de los Quijada. Es muy tarde para que alguien llegue con tanta urgencia. Con prontitud abre la puerta el criado Alonso y regresa corriendo al salón:

—Señora, os llaman con urgencia desde el monasterio. Debéis acudir con el niño. Un carruaje-litera os espera.

Pocas veces don Luis daba indicaciones tan concretas a su esposa y a Jerónimo. «Debe de haberse agravado su enfermedad —piensa—. ¡Llamarnos a estas horas!»

Un pequeño baúl sirve para acondicionar la mínima ropa necesaria para pasar la noche cerca de don Carlos. Algo más de treinta minutos y lo tiene todo listo. Sin más, se lanzan al camino para recorrer la corta distancia que los separa del convento de los jerónimos. El bello paisaje agreste se llena de sombras, preludio del luto que para la cristiandad supondrá la muerte del más grande emperador de aquellos tiempos, el César Carlos, como le llaman todos en Europa.⁵

5. Desde su coronación como emperador del Sacro Imperio Romano, a Carlos V se le suele llamar también el César.

Por la mente de doña Magdalena discurren las historias surgidas con motivo de la abdicación de Carlos V. Ha dejado los Países Bajos y España en manos de su hijo Felipe. También sobre la llegada de un emperador agotado a Jarandilla, el 12 de noviembre de 1556. Allí esperó la terminación de las obras de su residencia de Yuste, a la que pudo mudarse el 3 de febrero de 1557.

Poco ha disfrutado don Carlos de su anhelado retiro en el apacible clima extremeño. El monarca más poderoso de la cristiandad llega hasta allí con un reducido séquito, formado por unas cincuenta personas, número quizás excesivo para una convivencia casi de monje, pero insignificante para lo que era el cortejo al que estaba acostumbrado.

También pequeño es su alojamiento. Cuatro habitaciones cuadradas en la planta baja, que sirven de aposento estival, y cuatro en la planta principal, en las que pasa el resto del año. En ambos pisos, de este a oeste, se extienden dos galerías. La de abajo da por ambos extremos a la huerta; la de arriba, a dos grandes terrazas, adornadas con flores. Hasta ella crecen las ramas de naranjos y limoneros que hunden sus raíces en la fértil huerta. Allí acequias y estanques ofrecen el murmullo del agua y su frescura, y en ellos se crían magníficas truchas.

El palacio está adosado a la iglesia y abierto por sus tres fachadas a la huerta de los frailes. Adornan las habitaciones veinticuatro tapices de Flandes que representan escenas de animales. El despacho o cámara donde recibe las visitas el emperador se halla siempre de riguroso luto: la memoria de su madre, doña Juana de Castilla, fallecida el Viernes Santo de 1555 frente al Duero en Tordesillas, obliga a don Carlos

a vivir entre paños negros. También es negro el dosel que cobija la gran mesa con seis sillones asimismo enlutados. Como contraste, por todas partes se ve la abundante plata para el uso de la capilla, la cámara y la mesa que ha traído el César.

Esta noche yace en su cama, entre sábanas de hilo. El lecho auxiliar, destinado al descanso de don Luis junto a su señor, ha sido retirado esa noche del dormitorio imperial. Sin embargo, permanece abierta la puerta a través de la cual don Carlos puede oír misa y recibir la comunión. Ahora da paso a las frecuentes visitas de su confesor, fray Juan Regla, del prior padre Angulo y del arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, que acaba de llegar a Yuste.

El silencio nocturno, alterado por el rodar del carruaje, se atenúa por el susurro de la lluvia, ahora, perdida su virulencia, un tenue llanto sobre los árboles. Un intenso aroma de orégano invade la atmósfera.

Jerónimo, un poco angustiado por el silencio, pregunta:
—¿Por qué esta prisa?

Doña Magdalena rompe su mutismo:

—Es una orden de don Luis, causada por la necesidad de prestar algún servicio al emperador.

No le ha extrañado esta circunstancia, pues con cierta frecuencia su tía y él se trasladan a Yuste, mas nunca a estas horas de la noche, con tanta presteza y, sobre todo, con tanta tristeza como manifiesta el rostro de la señora.

Cruzando el fondo del valle, ascendiendo lentamente la colina sobre la que se asienta el monasterio, llegan a su destino. Se apea primero doña Magdalena, que trata de disimular el brillo de sus ojos llenos de lágrimas. Después baja Jeromín, desperezándose de su profundo sueño.

Se abre el portón y un criado, con una vela encendida, los conduce a la estancia que ocupa don Luis. Este está somnoliento, su corpulencia vencida, su faz demudada. Parece que al hablar fuera a quebrársele la voz. Es preciso no asustar al niño y entregarlo al descanso.

—Llévate al niño y que lo acuesten.

Los ayudas de cámara, barberos, cocineros, panaderos, relojeros y otros sirvientes guardan reverente silencio. La mayor parte del medio centenar escaso de frailes que compone la comunidad, ora pausadamente. Algunos llevan cirios encendidos, ya sea para alumbrar la pieza, ya para mantener viva hasta el final la fe del emperador.

El médico Mathys, el boticario Owerstraeten y hasta el cervecero Dugsen, que ocupan la hospedería monástica, permanecen en vela. Junto a la cabecera del César, su secretario Martín Gaztelu y don Luis Quijada. Unos y otros viven, entre rezos y llantos, las horas postreras de Carlos I de España y V de Alemania. Yuste está a punto de convertirse en el gran catafalco de Europa,⁶ mientras el firmamento, enmudecida la lluvia, brilla en todo su esplendor y plenitud.

Por la mente de Quijada desfilan las últimas anécdotas del emperador, ya escaso de salud, con el cocinero:

—Ven acá, Adriano; no echaste hoy en la comida la canela necesaria.

—Señor, el mayordomo tiene la culpa —fue la respuesta jocosa—, porque compra canela vieja y no tiene tanta fuerza como han de tener las especias.

6. Catafalco: túmulo para los funerales solemnes.

Don Luis se muestra pesaroso y emocionado por la trascendencia de aquellos momentos. Quiere rechazar tales recuerdos, pero no consigue olvidar el fino humor del César:

—¡Oh, Adriano, Adriano, qué de días hace que te conozco, y siempre quieres echar tus culpas a otros!

El relojero Juanelo Turriano ha vuelto a revisar los relojes del aposento. Es la medianoche del 20 de septiembre de 1558. Atrás quedan las últimas dolencias de don Carlos: la gota,⁷ el asma, la malaria y el paludismo, que tanto le han hecho sufrir.

Como si adivinara su muerte, el emperador, tan amante de la música, había empezado a perder esta afición. Antes solía sumarse a los monjes en el canto de los salmos y aún se divertía en descubrir quién era el que desafinaba en el coro. Ahora sólo le preocupa su paso a la vida eterna. La gota lo ha dejado días antes, mas le atacan unas fiebres. Pide que se le administre la extremaunción⁸ y que le recen salmos penitenciales con larga letanía de antífonas. Atento a cuanto en torno a él se hace, y como si se espabilase un poco, ruega que no se le dé más alimento al cuerpo, sino solo al alma:

—No me seáis molesto, Luis Quijada, yo veo que me va la vida en ello y, con todo, no puedo comer.

Pide que se le dé la comunión todos los días. Cuando el prior le aconseja no comulgar más veces, pues ha recibido ya la extremaunción, le pregunta:

7. Gota: enfermedad que produce hinchazón en las articulaciones.

8. Extremaunción: el último sacramento, hoy unción de los enfermos.

—Si bien no sea necesario, ¿no os parece que Cristo es buena compañía para jornada tan larga?

Silencios, más silencios, más candelas encendidas y más absoluciones por sus pecados, que le administra el arzobispo de Carranza. La madrugada avanza: festividad de san Mateo, apóstol y evangelista. Al mismo tiempo va apagándose el brillo en sus ojos. Pasadas las dos y media, susurra sosegado:

—Ya es tiempo; dad acá aquella vela y aquel crucifijo.

Tras ello exhaló su postrer aliento. Ya era el 21 de septiembre de 1558. El emperador ha muerto. Desde su nacimiento han transcurrido cincuenta y ocho años y siete meses.

Fray Juan Regla se apresura a apagar las nueve velas blancas que Carranza había ordenado encender. La comunidad y los servidores se retiran al templo para entonar solemnemente el *De profundis*.⁹ Don Luis, acompañado por dos criados, retira el crucifijo, el mismo con el que había expirado años antes la emperatriz.

Las campanas del monasterio tañen lentamente esparciendo su sonido por valles y campiñas. Mientras, termina el rito de la mortaja¹⁰ colocando el apreciado collar del Toisón de Oro sobre el pecho yerto de tan aguerrido capitán.

Tres días de honras fúnebres en Yuste, con el emperador de cuerpo presente. Celebra las solemnes exequias el

9. *De profundis clamavi ad te, Domine*: «Desde lo hondo a ti grito, Señor». Salmo 129, empleado como oración por los difuntos.

10. Mortaja: vestidura o sábana en que se envuelve el cadáver para el sepulcro.

prelado Carranza, auxiliado por fray Juan Regla y el prior, padre Angulo. Siempre preside don Luis Quijada, que viste de riguroso luto, con Jeromín, a su lado, también enlutado.

A continuación se procede al entierro bajo el altar mayor y, por fin, acabadas las ceremonias, la familia Quijada vuelve a Cuacos. Jerónimo, aún atribulado por la pesadumbre y ansioso por resolver sus dudas sobre la amable figura de don Carlos, pregunta:

—¿Cómo era el emperador?

El señor de Villagarcía le responde:

—Estás fatigado. Dentro de unos días, cuando el reposo te devuelva las energías, te contaré cómo era Carlos I de España y V de Alemania. Antes tomaré la pluma, una vez más, para dar cuenta de los últimos acontecimientos.

En efecto, don Luis escribe a Juan Vázquez, secretario de la princesa doña Juana, gobernadora de los reinos de España en ausencia de su hermano Felipe II:

«Puédese muy bien creer que la Princesa sentirá la triste nueva y con razón, pues jamás hubo padre que tanto quisiese a sus hijos como Su Majestad, a quien Nuestro Señor tiene en el cielo».

Era el 26 de septiembre de 1558.

Correos van y vienen con la triste noticia, que siembra el dolor por las ciudades y pueblos. Yuste se ha tornado panteón del mundo cristiano y fuente de luto para distintos continentes.